

CAPÍTULO

Trece

La resurrección de Moisés

En la mitad del último capítulo del libro de Deuteronomio, leemos: "Y Moisés, siervo de Yahveh, murió allí en Moab, como Yahveh había dicho" (Deuteronomio 34: 5). Moisés murió en un país extranjero mientras peregrinaba hacia un nuevo hogar. No lo alcanzó, pero le esperaba una tierra mejor que la Tierra Prometida.

La muerte de Moisés

El libro del Deuteronomio es la biografía de los dos últimos meses de vida de Moisés, que termina con el relato de su muerte. Pero su muerte fue prematura. No fue causada por la vejez, porque a los 120 años de edad, todavía gozaba de buena salud. No, murió porque Dios le impidió entrar en la Tierra Prometida.

Moisés lo comprendió y pronunció tres sermones exhortativos para animar al pueblo a temer al Señor y serle fiel. Nombró a Josué como el nuevo líder que guiaría al pueblo de Dios hacia la Tierra Prometida, les enseñó una canción especial y pronunció una bendición final sobre ellos.

Es interesante que Dios sea representado en el último capítulo del libro de Deuteronomio con un solo nombre: el Señor (Yahvé). Yahvé es el nombre propio de Dios y se utiliza siete veces en este capítulo. Yahvé es el Señor de su pueblo, un Dios inmanente. Yahvé es un Dios personal y cercano; es el Dios de la alianza que interviene en nuestras vidas. Por lo tanto, era apropiado que Dios estuviera íntimamente involucrado en la muerte de Moisés.

El mayor tributo al legado de Moisés se da en el epitafio sobre él en los tres últimos versículos del Deuteronomio: "Desde entonces, no se ha levantado en Israel ningún profeta como Moisés, a quien Yahveh conoció cara a cara, y que hizo todos aquellos signos y prodigios que Yahveh le envió a hacer en Egipto, al faraón y a todos sus

funcionarios y a toda su tierra. Porque nadie ha mostrado jamás el poderío ni ha realizado las proezas que Moisés hizo a la vista de todo Israel" (versículos 10-12, NVI). ¡Qué resumen tan sobresaliente de su vida! Moisés fue fiel a su llamada y a su ministerio. Cumplió la tarea de Dios con excelencia y distinción, convirtiéndose en un modelo de ministerio profético dedicado.

Mientras Moisés subía al monte Nebo, sabía que moriría en esa montaña. En la cima, el Señor le mostró toda la Tierra Prometida (versículos 1-4). El vasto panorama se extendía ante él. No sólo vio la hermosa tierra floreciente bajo la bendición de Dios, sino que también se le mostró el doloroso futuro del pueblo de Dios hasta el primer advenimiento de Cristo. Luego vio el final triunfal de la gran controversia y el establecimiento de la nueva tierra, aún más espléndida que la Tierra Prometida. ¹El texto bíblico atestigua que Dios mismo enterró a su amigo: "Él [el antecedente es el Señor] lo enterró en Moab" (versículo 6, NVI) en un lugar desconocido para que el lugar de su entierro no se convirtiera en un lugar de peregrinación venerado, allanando el camino para las prácticas idolátricas.

El libro del Deuteronomio llama enfáticamente a la gente a la obediencia. La obediencia es la única respuesta adecuada a la alianza de fidelidad y amor de Dios. A través de sus palabras, Moisés trató de motivar al pueblo para que respondiera a los cuidados del Señor y siguiera a su Dios misericordioso. "La obediencia con espíritu de amor, que fluye de una relación bendecida y disfrutada con Jehová, es la exigencia que se hace a su pueblo... Él los redimió de la casa de servidumbre, los llevó por el desierto, los guió, les dio alimento, los sostuvo". La respuesta de ellos a su tierno y amoroso cuidado debía "expresarse mediante la obediencia". El principio del libro de Deuteronomio es "la obediencia a Jehová y a su Palabra con espíritu de amor y temor piadoso". ²Por desgracia, el propio Moisés no obedeció a Dios en una ocasión especial, y tuvo que enfrentarse a las amargas consecuencias de su incredulidad e impaciencia.

Como se describe en Números 20, el pecado cardinal de Moisés ocurrió en Cades, cuando el pueblo se quejó y discutió por la falta de agua. Como la roca representaba a Cristo (1 Corintios 10:4), el Señor le dijo a Moisés que le hablara a la roca para que sacara agua de ella (Números 20:8). Lo que ocurrió entonces fue el error más trágico de todo el ministerio de Moisés. Él, junto con Aarón (versículo 12; Deuteronomio 32:51), se enfrentó al problema pero se irritó e impacientó con el pueblo. "¡Escuchad ahora, rebeldes! ¿Tenemos que sacar agua de esta roca para vosotros? Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la roca dos veces con su vara; y el agua salió en abundancia, y la congregación y sus animales bebieron" (Números 20: 10, 11). A Dios no le gustó que Moisés hiciera caso omiso de sus instrucciones. "Por cuanto no me creíste, para santificarme a los ojos de los hijos de Israel, no introducirás esta congregación en la tierra que les he dado" (versículo 12, RV). Elena de White da la siguiente visión de esta situación:

Su falta de paciencia y autocontrol era evidente....

... La propia fe [de Moisés y Aarón] en el cumplimiento de la promesa de Dios había sido sacudida por la murmuración y la rebelión del pueblo.

Incluso cuando nos enfrentamos a una profunda desobediencia, debemos hablar con paciencia y tacto: "Esta acusación era cierta [la acusación de Moisés de que el pueblo se estaba rebelando], pero incluso la verdad no debe decirse con pasión o impaciencia".

El pecado de Moisés se describe en Deuteronomio 32:51 desde dos ángulos. El Señor lo define de la siguiente manera: (1) "rompiste la fe [hebreo *ma'al*, que significa actuar sin fe, ser infiel, traicionar] conmigo en presencia de los israelitas"; y (2) "no defendiste mi santidad entre los israelitas" (NVI). Su pecado público fue, pues, doble: (1) Moisés no confió en que el Señor fuera capaz de cumplir su promesa sólo con la palabra hablada y, en consecuencia, rompió la fe al no obedecer el mandato de Dios (1 Samuel 14:33; Malaquías 2:11); y (2) no mantuvo la santa presencia de Dios entre los israelitas (la santidad de Dios es su presencia [Éxodo 3:4-6]). El don del agua no era una actuación de Moisés; no se trataba de él sino de Dios. Dios caracterizó el fracaso de Moisés en términos transparentes: "Te has rebelado contra mi mandato" (Números 20: 24). Moisés se olvidó de dar a Dios la gloria por este milagro y perdió la entrada a la Tierra Prometida.

En su primer discurso a Israel, Moisés expresó tres veces su profundo dolor y decepción por no poder entrar en la Tierra Prometida (Deuteronomio 1:37; 3:23-27; 4:21-24). Suplicó al Señor que le permitiera entrar en la tierra más allá del Jordán, pero la respuesta del Señor fue negativa (Deuteronomio 3:26). Esto nos proporciona una clara lección: todos deben obedecer al Señor y a su Palabra, tanto los líderes como los miembros de la comunidad de fe. No hay excepciones; los líderes también están bajo la ley. Aunque era el deseo de su corazón, Moisés fue privado de este privilegio porque deshonró a Dios. El texto bíblico da una razón explícita para esta negación: Moisés privó a Dios de su santidad ante el pueblo. Dios trata a todos con justicia; con Él no hay favoritismos (véase Romanos 2:11). Elena de White afirma que si Moisés no hubiera cometido este pecado, "habría entrado en la Tierra Prometida, y habría sido trasladado al cielo sin ver la muerte".

El legado de Moisés está vivo hoy porque hizo de Dios el centro de su vida y del servicio a su pueblo una prioridad. Dios lo utilizó de manera poderosa porque dejó de lado todas las distracciones y permitió que Dios dirigiera su vida. Su memoria permanece con nosotros por esta razón, y podemos aprender de él. Por eso seguimos el consejo y la advertencia que se encuentran en el libro de los Hebreos: "Acuérdate de tus líderes, de aquellos que te hablaron de la palabra de Dios. Considerad el resultado de su forma de vida e imitad su fe" (Hebreos 13:7). El recuerdo de los fieles nunca se

perderá porque las obras de los que temen al Señor están escritas en el libro del recuerdo (Malaquías 3:16).

La resurrección de Moisés

La muerte de Moisés no fue una tragedia porque murió en la bendita esperanza y con una firme fe en Dios. Además, no permaneció mucho tiempo en la tumba porque Dios, que es la Vida y es el Dador de la vida, lo resucitó. ¡Increíble! Mientras que los versos finales del Deuteronomio informan de la muerte de Moisés, el Nuevo Testamento da testimonio de su resurrección. Judas menciona específicamente cómo Satanás pretendía que Moisés le perteneciera a causa de su pecado, esperando mantenerlo en la tumba como su trofeo (Judas 9). Pero Dios perdonó la impaciencia y la falta de confianza de Moisés, al igual que perdona nuestros pecados y ofensas cuando nos arrepentimos y los confesamos honesta y sinceramente (1 Juan 1:7, 9). No hay fuerzas malignas que puedan detener a Dios y retenerlo; cuando Dios está a favor nuestro, ¿quién puede estar en contra? La resurrección de Moisés demuestra que los pecadores pueden experimentar la resurrección cuando piden perdón y renuevan su confianza en Dios.

La historia es sencilla pero cambia el mundo. El propio Jesucristo resucitó a Moisés de su lugar de descanso en el monte Nebo. El relato bíblico dice: "Pero incluso el arcángel Miguel, cuando estaba disputando con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a condenarlo por calumnia, sino que dijo: "¡El Señor te reprende! " (Judas 9, NVI). Históricamente, ¡la resurrección de Moisés fue la primera realizada por Jesucristo! Un muerto fue resucitado. No es de extrañar que Satanás se escandalizara cuando se dio cuenta de que había perdido por completo su causa.

El Dios de Moisés es la fuente de la vida. Porque Dios está vivo, Moisés pudo vivir. El Evangelio de Mateo atestigua que Moisés y Elías (que no murieron, ni siquiera probaron la amargura de la muerte [2 Reyes 2]) estuvieron presentes con Jesús en el momento de su transfiguración, animándole en el camino hacia su muerte (Mateo 17:3, 4). Por eso, cuando hablamos de la muerte de Moisés, debemos centrarnos en su legado y en la buena noticia de su resurrección. Esto nos da esperanza al esperar el día de la resurrección en la segunda venida de Cristo.

La esperanza de la resurrección en el Antiguo Testamento

La esperanza de la resurrección es fuerte en el Antiguo Testamento, empezando por Job y culminando con Daniel. En medio, varios autores también dan testimonio de ella. Repasemos brevemente los principales textos relacionados con la esperanza de la resurrección:

1. *Job 19:25-27*. No conozco un texto más poderoso y destacado sobre la certeza personal de la resurrección que el de Job. Job 19:25-27 es una confesión de fe impresionante y elocuentemente expresada. Estos versos contienen una de las más bellas expresiones de esperanza en una resurrección corporal. Es una declaración que se puede encontrar grabada en muchas tumbas cristianas. La poderosa declaración de Job de que verá a Dios en su carne después de la muerte es la más antigua de la Biblia y establece el tono de esta increíble esperanza de lo que Dios hará al final de la historia de esta tierra. Job afirma: "Sé que mi Redentor vive". Conoce a su Dios y sabe que está vivo, y lo llama "Redentor" (hebreo *goel*, que significa pariente-redentor, defensor, vindicador, protector), como Booz lo fue para Rut (Rut 4:14). Job continúa con la seguridad de que su Redentor "al final... se levantará sobre la tierra" (Job 19: 25) para resucitarlo a una nueva vida. Lamentablemente, la gente sólo conoce y cita el versículo 25, pero lo que sigue es igualmente crucial:

"Y después de que mi piel haya sido destruida,

pero en mi carne veré a Dios;

Yo mismo lo veré

con mis propios ojos, yo, y no otro.

Cómo anhela mi corazón dentro de mí". (versículos 26, 27, NVI).

Nótese el tono personal de la solemne declaración de Job: *Yo, mi, yo mismo, propio*. Cree firmemente en su corazón que en su carne, con sus propios ojos, verá a Dios aunque muera y su piel se destruya. Esta seguridad personal de un futuro día de resurrección no puede expresarse de una manera mejor y más enfática.

2. *Salmo 16:9, 10*. Estos versículos afirman lo siguiente:

Por eso mi corazón se alegra y mi lengua se regocija;

mi cuerpo también descansará seguro,

porque no me abandonarás al reino de los muertos [*sheol*, que significa tumba, muerte],

ni dejarás que tu fiel vea la decadencia (Salmo 16: 9, 10, NVI).

El término hebreo *sheol* debería traducirse aquí como "tumba", al igual que en muchos otros pasajes. Este término se encuentra sesenta y seis veces en la Biblia hebrea, y en la mayoría de los casos, su significado es sinónimo de tumba. Tanto los malvados como los justos descienden *al sheol* (Génesis 37:35; 42:38; 44:29, 31; Números 16:30, 33; 1 Reyes 2:6, 9; Job 21:13; Salmos 49:15; 89:48; Eclesiastés 9:10; Isaías 14:9, 11, 15; 38:10; Ezequiel 31:15-17). Además, el Señor redime a los fieles del *sheol* (Oseas 13:14), nadie puede esconderse de Dios en *el sheol* (Salmo 139:8; Amós 9:2), y en *el sheol* no hay trabajo ni otra actividad (Eclesiastés 9:10). En ninguna parte de la Biblia se describe el seol como el inframundo sombrío donde viven los muertos o donde las almas o espíritus humanos continúan su existencia. La palabra *sheol* es una designación para la tumba, el lugar de los muertos (véase, por ejemplo, la consistencia

de la traducción de la NVI de 1984, donde la palabra *sheol* se traduce como "tumba" cincuenta y siete veces, pero también como "muerte" seis veces, "reino de los muertos" una vez, "profundidades más profundas" una vez y "profundidad" una vez). David se alegra de que descansará en paz después de la muerte y no será olvidado por el Señor, sino que resucitará a una nueva vida y no experimentará una destrucción duradera (hebreo *shakhat*, que significa destrucción, corrupción, decadencia, fosa).

Este texto trasciende la experiencia de David y tiene un significado mesiánico más profundo. El "fiel" (hebreo *khasid*, que significa devoto, fiel, santo) -es decir, el Mesías Jesucristo- no se pudrirá en su tumba, y su cuerpo no se descompondrá porque resucitará después de descansar tres días (contados inclusive) en la tumba (*sheol*). El Nuevo Testamento cita este texto como un anuncio profético de la resurrección de Cristo (Hechos 2:25-28; 13:35).

3. *Salmo 49:9-15*. El salmista presenta un contraste entre el destino general de las personas y la recompensa de los justos. Por un lado, las personas morirán e irán a sus tumbas (*sheol*) porque no "vivirán para siempre y no verán la decadencia [*shakhat*]" (Salmo 49: 9, NVI; compárese con Salmos 16: 10; 17: 15). En cambio, los que aman y obedecen al Señor tendrán un destino diferente. El poeta declara: "Dios me redimirá [hebreo *padah*, que significa rescate, redimir] del reino de los muertos [*sheol*, tumba]; ciertamente me tomará para sí [hebreo *laqakh*, que significa recibir, tomar]" (Salmo 49: 15, NVI). Los traductores de la NLT interpretan el texto hebreo de forma contundente: "Él [Dios] me arrebatará del poder de la tumba".

4. *Salmo 71:20*. Este versículo afirma lo siguiente:

Aunque me has hecho ver problemas,
muchos y amargos,
me devolverás la vida;
desde las profundidades de la tierra
me volverás a sacar a flote (Salmo 71: 20, NVI).

Este salmo es una oración para pedir la ayuda de Dios en la vejez del salmista. El Señor ha estado con él desde su nacimiento y ha hecho grandes cosas por él, por lo que pide la protección de Dios contra sus enemigos. Dios no sólo le devuelve la fuerza física y la salud, sino que también tiene el poder de resucitar. El salmista cree y espera que Dios le haga subir (en hebreo *'alah*, que significa subir, ascender) de "las profundidades [en hebreo *tehom*, que significa literalmente abismo, hondo] de la tierra", lo que puede ser una descripción figurada de la tumba. Por lo tanto, esta imagen poética insinúa una resurrección física. Los traductores de la NLT convierten esta frase en la siguiente esperanza: "Me devolverás la vida y me levantarás de las profundidades de la tierra".

5. *Salmo 73:23, 24*. Asaf, en su búsqueda existencial por comprender los enigmas de la vida en cuanto a la prosperidad de los malvados y el sufrimiento de los justos, concluye que es Dios quien lo sostiene y lo guía. Dios asegura su futuro y lo resucitará

a la vida eterna: "Me sostienes por la mano derecha. Me guías con tu consejo, y después me llevarás a la gloria" (Salmo 73: 23, 24). Dios da sentido a la vida presente; además, asegura nuestro futuro incluso después de la muerte. El verbo para "ser llevado" es *laqakh*, y este verbo se utiliza en la historia de Enoc cuando Dios lo llevó arriba (Génesis 5:24), así como en la narración de Elías, que también fue llevado al cielo (2 Reyes 2:3, 9; también se utiliza otro verbo -'alah, subir- en 2 Reyes 2:1, 11).

6. *Isaías 26:19*. El profeta Isaías, en su llamado pequeño apocalipsis, presenta la esperanza de la resurrección y la anuncia con audacia:

Tus muertos vivirán; sus cuerpos resucitarán.

Vosotros que habitáis en el polvo, ¡despertad y cantad de alegría!

Porque tu rocío es un rocío de luz,

y la tierra dará a luz a los muertos (Isaías 26: 19).

Hay una esperanza gloriosa y un futuro brillante para los que se quedan con el Señor. Este es un verso muy explícito sobre una resurrección física de la muerte. Años más tarde, Daniel enraíza su afirmación sobre la resurrección en la proclamación de Isaías.

7. *Daniel 12:2, 12*. El profeta Daniel señala un día de resurrección: "Multitudes que duermen en el polvo de la tierra serán despertadas: unas para vida eterna, otras para vergüenza y desprecio eterno" (Daniel 12: 2). La revelación de Dios en el Antiguo Testamento culmina con esta declaración. La muerte se compara con el sueño, y los muertos resucitarán: los que sirvieron al Señor recibirán la vida eterna, pero los impíos serán condenados a la muerte eterna.

Dios también le asegura a Daniel que será resucitado a una nueva vida al final de los tiempos: "En cuanto a ti, sigue tu camino hasta el final. Descansarás, y al final de los días te levantarás para recibir la herencia que te corresponde" (versículo 13, NVI). La muerte es como un descanso del trabajo fiel. Pero luego vendrá la dulce herencia: la vida eterna con el Señor.

8. *Jonás 2:2*. La estancia de Jonás durante tres días en el vientre de un gran pez es una alusión a la resurrección. Jonás define esta experiencia como estar en *el sheol*, es decir, en una tumba (Jonás 2:2). Después de tres días y tres noches, fue devuelto a una nueva vida cuando fue vomitado de este *sheol*. En una oración, afirma,

"Bajé a la tierra

cuyos barrotes se cerraron sobre mí para siempre;

y sin embargo sacaste mi vida del pozo,

Oh, Señor, Dios mío" (versículo 6).

Jesús comparó su estancia en la tumba y su resurrección con la experiencia de Jonás (Mateo 12:40).

9. *Oseas 6:2*. El profeta Oseas habla del renacimiento espiritual de Israel y de su retorno al Señor en términos de resucitar al pueblo de la muerte a una nueva vida. La imagen de la resurrección se utiliza para explicar esta nueva vida para el pueblo de Dios.

La esperanza de la resurrección en el Nuevo Testamento

Muchos autores del Nuevo Testamento afirman su creencia en la resurrección de forma contundente. Debido a la falta de espacio, sólo señalaré los principales pasajes que afirman la magnífica doctrina de la resurrección: Mateo 22:32, 33; Juan 5:25-29; 11:25; 1 Corintios 15:12-20, 51-57; 1 Tesalonicenses 4:13-17; Apocalipsis 20:4-6, 11-15.

Concluyo nuestra reflexión sobre la resurrección con las destacadas y afirmativas palabras de Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11: 25). Juan también registra la siguiente enseñanza de Jesús: "No os asombréis de esto, porque viene un tiempo en que todos los que están en sus tumbas oirán su voz y saldrán: los que han hecho el bien se levantarán para vivir, y los que han hecho el mal se levantarán para ser condenados" (Juan 5: 28, 29). En la presencia del Príncipe de la Vida, no hay lugar para la muerte (Juan 3:16; Apocalipsis 21:4).

1. Para estas ideas, estudie cuidadosamente a Ellen G. White, *Patriarcas y Profetas* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1958), 469-480.

2. Arno C. Gaebelein, introducción al "Libro del Deuteronomio", en *Arno Gaebelein's Annotated Bible*, consultado el 21 de febrero de 2021, <https://www.studylight.org/commentaries/eng/gab/deuteronomy.html>.

3. White, *Patriarcas y Profetas*, 417; para más ideas y lecciones, véase también 411-421.

4. White, 417.

5. White, 478.